

ciudades: diálogo con el arte

por Enrique Figueroa H.

Ubicar a Ramón Xirau dentro de las letras y dentro de su propia literatura, no es, en principio, difícil. En sus libros, principalmente estudios filosóficos y poéticos, se hace inteligible (y en ocasiones se intuye) la presencia de un pensamiento tan vasto en su aprehensión de la realidad humana, como significativo en la síntesis de sus propias intuiciones.

Desde luego, es un gran acierto de Xirau el escribir con imparcialidad, siempre sin perderse en el trabajo impersonal, una obra de tan complejos alcances como su *Introducción a la historia de la filosofía*. O bien, profundizar sin prejuicios o visiones unilaterales en el mundo realmente sobrecogedor de un poeta: *Octavio Paz: el sentido de la palabra*. A través de estos libros, y de *Genio y figura de Sor Juana Inés de la Cruz*, la ubicación de Xirau como escritor se ofrece por sí sola tan compacta y definitiva como la estructura de su pensamiento y su sentir. Conceptualmente, pues, la actitud de Xirau no pude movernos sino a respeto y reconocimiento hacia los valores, no dogmáticos, más bien conscientes, que la integran. Acaso esa actitud, esa personal valoración de la realidad, le haya hecho estudiar la obra de Octavio Paz (un poeta todo ardor y pasión) con un poco de frialdad, o mejor dicho sin el suficiente apasionamiento, si bien es cierto e innegable que en su libro sobre Paz ha logrado uno de los más justos y felices acercamientos a la obra del poeta mexicano.

En todo caso, la personalidad literaria de Ramón Xirau se había conformado ante nosotros con una imagen en la cual la solidez y la erudición, la amplitud y la riqueza intelectuales, la historia y la filosofía, definían esa imagen en términos tan vastos como inmutables. Para decirlo en otras palabras y de una buena vez, nos hacía falta de Xirau un libro como *Ciudades*,* con el cual su ubicación dentro de la literatura y la filosofía se renueva y adquiere una dimensión artística.

No pretendemos (sería inútil siquiera suponerlo) que *Ciudades* entrañe un cambio en la ideología de Xirau: ya hemos dicho que su actitud (por otra parte necesaria) es equilibradamente consciente y en definitiva imparcial. Lo que sí queremos señalar es que en el libro que ahora nos ocupa, el autor, sin abandonar sus lineamientos, sin claudicar de sus principios,

permite el libre juego, en su mundo, de lo que no puede conceptualizarse, de lo que nunca podrá resumirse en un determinado ideario. Hablamos, por supuesto, del arte, de lo artístico en la realidad humana. Lo anterior define a *Ciudades* como un libro bello. No sólo en lo que respecta a su presentación y contenido; también es bello porque es real. Y su realidad no estriba en que su sentido esté perfectamente referido a una realidad verificable en cualquier momento. Muy bien podría ser una obra de ficción y en igual forma nos haría sentir que todo lo que nos rodea se hace menos obvio y adquiere una dimensión más próxima a nosotros. El texto no fluye enteramente como reunión de objetos visuales, como realidad abstracta de tan concreta, sino que su lectura nos remite a la concepción de que aun dentro de lo cotidiano es posible entender nuestra presencia como síntesis de símbolos y trasfondos filosóficos y míticos, lo cual nos rehabilita como seres religiosos. ¿Somos religiosos en un sentido espiritual-cristiano, o en un sentido pagano? Ramón Xirau es concluyente en este sentido; pero dado que su conclusión alcanza la fe a través de la poesía, del mundo del arte, del reconocimiento de la vasta gama de valores y creencias que integran y validan la totalidad de nuestra cultura, no nos sentimos excluidos o extraños en su diálogo con el arte de la ciudad renacentista por excelencia: Florencia; en su embelesada y profunda percepción de lo que fue la creación artística en Siena; en su palpitar con la realidad más sensible de Venecia y Verona. La escritura de Xirau es abierta; lo que nos comunica no se define en el eterno carácter contradictorio de los conceptos, sino en la armonía de éstos, lo cual se traduce como libertad absoluta del pensamiento en la expresión de sus intuiciones más significativas.

Ciudades tiene el sello personal de toda obra de Xirau. El hombre es inconcebible sin la filosofía y la historia. En este sentido el diálogo del autor con el mundo que describe es constante; tiene por base una tradición que implica, a la vez que impulsa, una búsqueda de nuestra propia identidad. Si perdimos de vista el elemento que nos mostraba nuestra significación, tenemos la filosofía para reencontrarlo y la historia para saber que existe, que siempre ha existido. Y en tanto esa búsqueda nos maravilla y nos hace sentir agónicos, el hombre se expresa, crea, edifica y juega a interpretar la vida. De la

interpretación surge el símbolo, el fantasma de lo humano, que si en ocasiones nos engaña y confunde, también nos permite intuir esa otra realidad en que la poesía se hace vida y la vida poesía; esto es, cuando el símbolo encarna y nosotros alcanzamos ese elemento extraviado; es el instante en que la expresión artística (en la recreación de las formas humanas) se transparenta tangible y nos comunica vitalmente con el producto de nuestra búsqueda.

A través de ciudades y arquitecturas, hombres y obras, Ramón Xirau enaltece en su libro ese afán de expresión de todo ser verdaderamente vivo, esa necesidad de manifestarse ante sus congéneres intentando entenderse a sí mismo. El lenguaje de Xirau posee una textura expresiva sorprendente. Y si *Ciudades* es en principio descriptivo, ante esa ilación sutil de palabras, frases y párrafos reverberantes, aparece en nosotros la certeza de que se nos está atrapando en el tejido de un lenguaje que planea sus contornos, que define su consistencia para asegurarse nuestra activa participación cuando lo descriptivo se subordina a la interpretación. Es decir, cuando las palabras describen y descubren la musicalidad del lenguaje; cuando las esculturas, las pinturas y las obras arquitectónicas evolucionan a partir de trazos figurativos para entregarnos su sentido, su vinculación con la literatura y se hacen arte: arte de Florencia, Siena, Venecia, Verona.

La simple mención de estas ciudades evoca en nosotros una multiplicidad de imágenes que inquietantes nos remiten a una serie de nombres y hombres que en el plano cultural le dieron un sesgo de culminante plenitud: Miguel Angel y Moisés y David; Leonardo da Vinci y la Gioconda; Maquiavelo y su hedonismo político; los pintores sieneses y la riqueza con que recrearon un mundo particularmente provinciano; Venecia, que no necesitó de grandes artistas porque ella misma es obra de arte; la Verona que se hace real más allá del idílico drama de Romeo y Julieta. *Ciudades* retoma el simbolismo de todos estos signos históricos y míticos. Ramón Xirau ha establecido una mágica relación verbo-figura, palabra-imagen mediante la cual la forma expresada no sólo nos entrega su sentido y su significado artísticos, sino que se reconcentra en el tiempo de su creación. Tiempo imaginado por el escultor, por el pintor; tiempo de dimensiones paganas y religiosas; tiempo de simetrías y colores intemporales; tiempo de utopías sensuales y humanistas; tiempo de plásticos contornos que endurece nuestro propio tiempo y lo descubre hipótesis hecha realidad, realidad que se encierra dentro de los estrechos límites de la obiedad cotidiana.

Pero *Ciudades* no es (jamás podría serlo) un libro pesimista. Ante todo afirma la existencia de ese valor supremo que es el arte. En éste, la realidad humana "deja de ser" para encontrar una verdad: su significado, y un brillo último y definitivo: imágenes de escultura y pintura transformadas en poesía vital e intemporal.

* Ramón Xirau: *Ciudades*. México, Alberto Dallal, editor, 1970. 75pp